



Y si nuestra ventaja frente a la IA se basa en el chismorreo

Descripción

Introducción

Existe una tendencia muy humana a despreciar aquello que no encaja en nuestra narrativa. Lo que no parece racional, eficiente, medible o presentable suele acabar en el cajón de los defectos. El chismorreo es uno de esos fenómenos condenados por la moral pública y, sin embargo, practicado con entusiasmo en privado.

Lo llamamos cotilleo, rumor, ruido, toxicidad o pérdida de tiempo. En una oficina suena improductivo. En una familia parece inmaduro. En redes sociales se vuelve inflamable.

Y, sin embargo, el chismorreo no desaparece, sino que persiste, circula, se organiza y, a veces, se premia y a la vez se castiga. Levanta prestigios y hunde reputaciones. A veces protege. A veces destruye. A veces informa. A veces intoxica.

Y lo peor no es eso. Lo peor es que muchas de las decisiones más importantes de nuestra vida, como a quién contratamos, en quién confiamos, a quién damos una oportunidad o a quién dejamos fuera, no se toman únicamente con datos verificables, sino sobre versiones incompletas de otras personas que circulan sin que ellas puedan controlarlas. Es decir, no solo vivimos en la realidad, vivimos en lo que otros dicen que somos.

La ciencia lleva tiempo señalando que no estamos ante una simple debilidad social. Robin Dunbar, el reconocido antropólogo y psicólogo británico, defendió que buena parte del lenguaje humano pudo evolucionar como sustituto del acicalamiento social de los primates, permitiendo mantener vínculos en grupos más grandes. En sus trabajos sobre

gossip (chismorreos), Dunbar señaló que aproximadamente dos tercios de la conversación cotidiana giran en torno a temas sociales, muchos de ellos relacionados con personas ausentes.

La pregunta, por tanto, no es si el chismorreos es elegante. No lo es. La pregunta es si cumple una función.

Y aquí empieza lo interesante, porque quizá el chismorreos no sea un residuo vergonzoso de nuestra especie, sino una de sus infraestructuras más profundas. Un sistema distribuido para gestionar reputación, confianza, cooperación, amenaza, pertenencia y exclusión. Un mecanismo imperfecto, sesgado y a veces cruel, pero también adaptativo en entornos donde nadie dispone de toda la información.

Y entonces aparece una pregunta interesante.

¿Y si una de las diferencias importantes entre humanos e inteligencia artificial no está en la capacidad de procesar datos, sino en la capacidad de habitar sistemas sociales incompletos, sesgados y parcialmente invisibles?

No porque la IA no pueda generar chismorreos, claro que puede producir mensajes sobre terceros, amplificar narrativas, influir en percepciones y participar en dinámicas colectivas, sino porque la IA puede operar sobre esos sistemas, pero no los vive como los vive un humano. No se juega la pertenencia, la vergüenza, el prestigio, la exclusión o la necesidad de seguir conviviendo mañana con aquellos sobre los que hoy habla.

Aquí puede estar una frontera menos vistosa que la conciencia, pero quizá más importante para comprender la vida social.

El chismorreos no transmite hechos, construye realidad social operativa

El primer error consiste en analizar el chismorreos como si fuera un sistema defectuoso de transmisión objetiva de información. No lo es. El chismorreos no está diseñado para entregar hechos puros, sino que transmite interpretaciones socialmente relevantes.

Cuando alguien dice “no te fíes de esa persona”, rara vez está entregando una prueba notarial. Lo que está haciendo es transmitir una lectura, una experiencia, una sospecha, una conclusión parcial, una mezcla de memoria, sesgo, emoción, interés, intuición y contexto.

El chismorreo se basa en la visión parcial, sesgada pero razonada de un individuo sobre un hecho, una persona o un grupo.

El valor social del chismorreo no depende solo de si el mensaje es verdadero en sentido absoluto, sino de si resulta relevante para orientar conducta.

La literatura experimental muestra que el *gossip* puede funcionar como vía alternativa a la observación directa en juegos de reciprocidad indirecta. Es decir, los individuos ajustan su cooperación no solo por lo que ven, sino por lo que otros les cuentan sobre la reputación de terceros.

Esto no convierte el chismorreo en noble, lo convierte en poderoso porque entre la verdad objetiva y la mentira hay una zona mucho más amplia y mucho más humana, el de la verdad social operativa. Aquello que quizá no podamos probar del todo, pero que el grupo empieza a tratar como significativo. Aquello que influye en decisiones reales, aunque no haya pasado por el laboratorio de la evidencia.

Contratar o no contratar. Confiar o no confiar. Invitar o excluir. Promocionar o apartar. Defender a alguien o dejarlo caer.

El grupo no funciona como un tribunal científico, funciona como un organismo social que recibe señales, las interpreta, las cruza con su memoria, las filtra por afinidad, las exagera o las amortigua y, poco a poco, una versión se convierte en clima, luego en reputación y, finalmente, en destino. Y eso implica algo difícil de aceptar, que una persona puede ser sistemáticamente penalizada por una versión de sí misma que nunca ha tenido la oportunidad de corregir, no porque exista una conspiración organizada, sino porque en sistemas sociales complejos, las narrativas no necesitan ser completamente falsas para ser dañinas. Les basta con ser plausibles, repetidas y emocionalmente coherentes con lo que el grupo ya está dispuesto a creer.

El chismorreo no solo informa sobre la realidad, ayuda a fabricarla. No describe el mundo social, lo reescribe mientras ocurre.

Pero hay algo muy interesante a tener en cuenta. El afectado por un chismorreo muchas veces no conoce el relato completo, no sabe qué se ha dicho, quién lo ha dicho, con qué intención, en qué tono, ante quién, con qué deformaciones posteriores. Se entera tarde, mal o nunca, pero sufre las consecuencias. Debe actuar en un entorno que ya ha cambiado, aunque no sepa exactamente por qué.

Ahí el chismorreaje deja de ser conversación y se convierte en sistema de información asimétrica. Unos poseen una narrativa que otros desconocen. Unos actualizan su percepción. Otros siguen actuando como si nada hubiera cambiado. Y en esa diferencia aparece el error, el conflicto, la sospecha, la sobreactuación o la retirada.

Esto tiene una enorme complejidad adaptativa. El humano aprende a vivir en mundos donde no solo importa lo que ocurre, sino lo que otros creen que ha ocurrido. No solo importa quién eres, sino qué versión de ti circula. No solo importa lo que haces, sino cómo será leído por personas que quizá no conocen tus motivos.

No navegamos la realidad, navegamos interpretaciones de la realidad. Ese territorio no es limpio, pero es profundamente humano y es aquí cuando aparece una frontera crucial con la inteligencia artificial.

Una IA puede procesar relatos, detectar patrones reputacionales, resumir conversaciones, inferir relaciones e incluso anticipar posibles reacciones sociales. Puede operar sobre la superficie informativa del chismorreaje, pero no participa en el núcleo existencial que lo vuelve humano.

Los modelos actuales operan sobre correlaciones y probabilidades derivadas de datos, no sobre pertenencia social vivida ni exposición real a sus consecuencias.

El chismorreaje no es solo información sobre terceros, es información situada dentro de una red de riesgo social.

El humano no solo interpreta el chismorreaje, lo padece, lo teme, lo usa, lo desmiente, lo arrastra, lo corrige y lo convierte en estrategia o en herida. Vive dentro de un mundo donde una versión parcial puede cerrarle una puerta, cambiar una relación, alterar una confianza o empujarlo a actuar sin saber exactamente contra qué está reaccionando. Y, por tanto, el chismorreaje, conocido o no, existente o no, moldea las acciones y decisiones incluso sin saberlo.

La IA, en cambio, no está atrapada en esa asimetría. Puede identificar que existe, pero no vive sus consecuencias desde dentro. No necesita reconstruir su posición social después de una sospecha. No siente el coste de haber sido malinterpretada. No pierde pertenencia en sentido humano. No actúa desde la incomodidad de saber que algo ha cambiado en el ambiente, pero no saber qué, quién ni por qué.

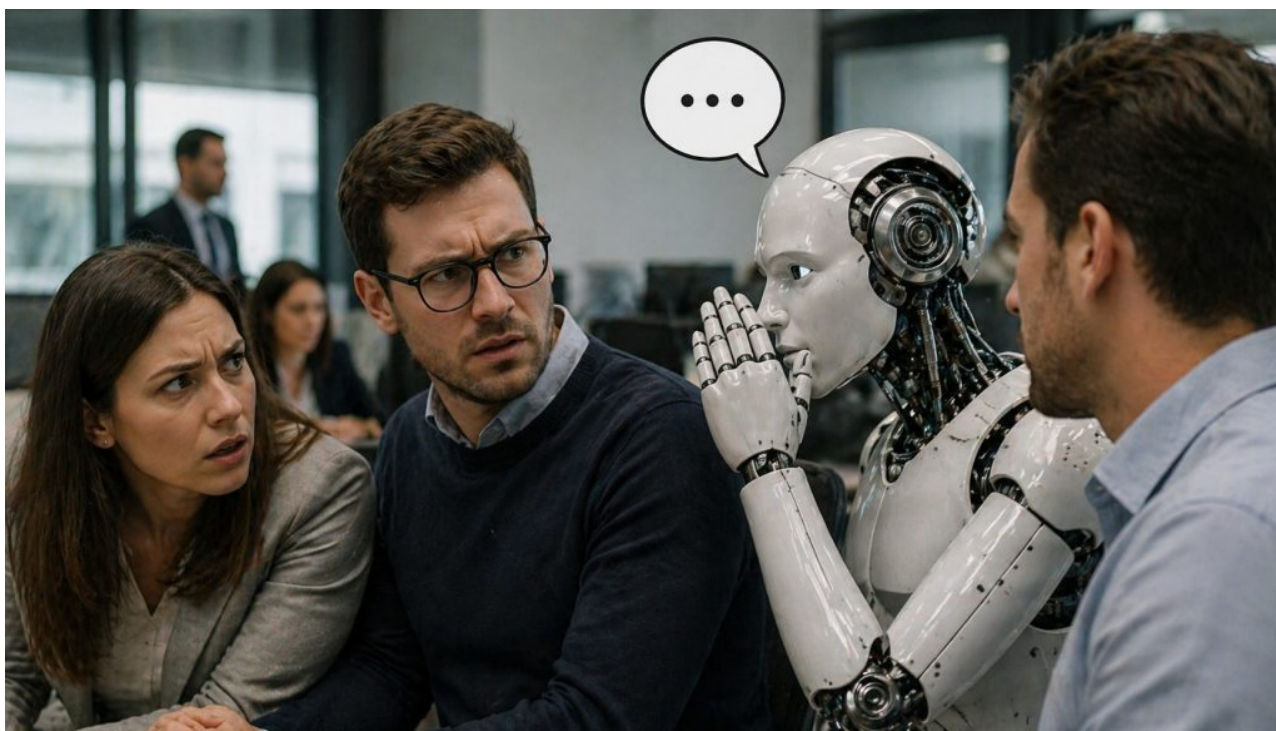
Y, por supuesto, la IA no puede experimentar ni verificar información que no forma parte de sus datos o inferencias, ni vivir las consecuencias sociales de aquello que no conoce

directamente.

Por eso no basta con decir que la IA “puede chismorrear”. Puede producir contenido con forma de chismorreo, sí. Puede amplificarlo, ordenarlo o hacerlo más persuasivo. Pero no chismorrea como mecanismo adaptativo humano, porque no necesita sobrevivir dentro del ecosistema reputacional que ese chismorreo modifica.

El humano se mueve en un territorio donde la información es incompleta, la interpretación es sesgada, el juicio ajeno es opaco y las consecuencias son reales. La IA puede modelar ese territorio desde fuera, pero no queda existencialmente comprometida por él. Y esa diferencia lo cambia todo porque la vida social no consiste solo en saber más, a veces consiste en actuar sin saber lo suficiente. En intuir que algo se ha movido bajo tus pies. En equivocarte porque te falta una pieza. En corregir porque descubres tarde que había una conversación anterior. En decidir bajo niebla.

Ahí la IA puede asistir, calcular o simular, pero no habitar.



El chismorreo funciona porque no lo vemos todo

El chismorreo no puede entenderse como una cadena lineal de causa y efecto, opera más bien como un sistema complejo.

Un comentario pequeño puede morir en cinco minutos o alterar una reputación durante años. Una observación banal puede convertirse en confirmación de una sospecha previa. Una frase ambigua puede alimentar una narrativa que ya estaba esperando combustible. Una persona puede cambiar su conducta hacia otra sin que la segunda sepa qué información provocó ese cambio.

Esto encaja con los sistemas complejos adaptativos con múltiples agentes con información limitada, interacciones locales, retroalimentación, patrones emergentes y adaptación continua. En ese tipo de sistemas, el resultado global no puede explicarse solo por una intención individual, sino que emerge de muchas interacciones parciales.

No se trata de decir que “todo es caos”, sino de reconocer que las dinámicas sociales tienen componentes no lineales. Pequeñas variaciones iniciales pueden producir efectos desproporcionados. La sensibilidad a condiciones iniciales, descrita en la tradición de Lorenz, no se aplica aquí como metáfora decorativa, sino como advertencia epistemológica. En sistemas sociales, una mínima diferencia de contexto puede cambiar por completo el resultado.

En este tipo de sistemas, no solo es difícil predecir lo que ocurrirá, es igualmente difícil reconstruir por qué ocurrió algo después de que haya sucedido. Esto rompe una de las intuiciones más arraigadas del pensamiento racional: la idea de que todo efecto importante tiene una causa clara y localizable. En la vida social, muchas veces no la tiene, o, más exactamente, la tiene distribuida.

El chismorreo humano tradicional tenía límites que lo mantenían relativamente contenido. Era local y circulaba en grupos con cierta memoria compartida. Existía posibilidad de contraste. Había coste reputacional para quien mentía demasiado o manipulaba de forma evidente.

Las redes digitales alteraron esas condiciones. La investigación de Vosoughi, Roy y Aral en Science mostró que las noticias falsas se difundían más lejos, más rápido, con mayor profundidad y de forma más amplia que las verdaderas en Twitter entre 2006 y 2017, y que ese patrón se explicaba más por comportamiento humano que por bots.

Esto no significa que todo chismorreo digital sea falso ni que toda circulación emocional sea dañina, significa que cuando la comunicación social informal escala sin los viejos límites de contexto, memoria y fricción, sus propiedades cambian.

Y aquí sí entra la inteligencia artificial. Los modelos actuales pueden generar mensajes, adaptar tonos, resumir reputaciones, simular puntos de vista, reforzar narrativas y participar en ecosistemas de persuasión. Estudios recientes sobre grandes modelos de lenguaje analizan precisamente su capacidad persuasiva y los riesgos asociados a la personalización y automatización de mensajes.

Además, trabajos recientes en poblaciones de agentes basados en LLM muestran que pueden emerger convenciones sociales compartidas, sesgos colectivos y dinámicas de cambio normativo a partir de interacciones locales entre agentes artificiales.

Esto es importante, pero conviene no exagerarlo. No demuestra que la IA tenga vida social humana, sino que demuestra que ciertos procesos de coordinación, convención y sesgo pueden emerger también en poblaciones artificiales. Y esto lleva a una gran pregunta. ¿Qué ocurre cuando sistemas capaces de generar, amplificar y modular narrativas entran en un ecosistema humano que ya era complejo, sesgado y vulnerable a la reputación?

La respuesta es que no lo sabemos del todo, pero sí sabemos que no estamos añadiendo una simple herramienta neutral, sino que estamos introduciendo una nueva clase de actor técnico en un sistema que evolucionó bajo otras reglas.

Y aquí aparece una posibilidad especialmente delicada. No se trata solo de que la IA pueda participar en el sistema, es que puede empezar a optimizar dinámicas que, por su propia naturaleza, no estaban diseñadas para ser optimizadas.

El chismorreo humano funciona, en parte, porque tiene fricción, es lento, local, imperfecto y limitado por la memoria y la reputación de quienes lo transmiten. Cuando esa fricción desaparece, cuando la información puede generarse, adaptarse y difundirse a escala masiva y con precisión creciente, no estamos simplemente mejorando el sistema. Estamos cambiando sus propiedades fundamentales. Y en sistemas complejos, cambiar las propiedades no implica mejorar el resultado, sino que, a veces, implica volverlo inestable.

La IA puede modelar el sistema, pero no lo habita

Si una IA intentara modelar constantemente todas las posibles dinámicas ocultas detrás de cada acción, se parecería a un “conspiranoico” porque una cosa es tener capacidad de inferencia y otra muy distinta es vivir bajo un modo permanente de sospecha.

Los humanos no funcionamos analizando todas las posibles interpretaciones de cada gesto. No podemos. Si lo hiciéramos, la vida social sería inviable. Cada silencio sería una

amenaza, cada mirada, una hipótesis, cada demora en responder, una declaración de guerra y cada error, una estrategia encubierta.

La teoría de la racionalidad limitada de Herbert Simon ayuda a explicar esto. Los humanos no optimizamos todas las decisiones, sino que tomamos decisiones suficientemente buenas bajo restricciones de información, tiempo y capacidad cognitiva. Esa limitación no es simplemente un defecto. En la práctica, permite actuar sin quedar paralizados.

El chismorreo funciona porque es imperfecto, porque no todo se sabe, no todo se explicita, no todo se mide y porque hay opacidad, olvido, ambigüedad y ruido. Esa imperfección permite margen de maniobra, confianza implícita, espontaneidad, reparación y convivencia.

Un sistema social perfectamente transparente no sería necesariamente más humano. Podría ser más defensivo, más rígido, más calculador o más vigilado.

Una IA orientada a optimizar la interacción social tendería a inferir estados ocultos, anticipar reacciones, minimizar riesgos reputacionales y maximizar impacto comunicativo. Eso puede ser útil en determinados contextos, pero si se convierte en lógica dominante, el resultado se parece menos a una sociedad libre y más a una sociedad permanentemente administrada.

No hace falta imaginar una distopía de ciencia ficción, basta pensar en una cultura donde cada palabra se optimiza por su recepción, cada gesto se calibra por su riesgo, cada desacuerdo se mide por su posible coste reputacional y cada interacción se convierte en un problema de gestión de percepción.

Eso no sería inteligencia social superior, sería militarización blanda de la convivencia.

Aquí la diferencia humano IA se vuelve más clara. La IA puede operar sobre el chismorreo, puede producirlo, amplificarlo, clasificarlo, predecirlo parcialmente o modularlo, pero no lo habita como un humano. No sufre vergüenza en sentido humano. No teme la exclusión del grupo como amenaza existencial. No necesita reconstruir su identidad después de una reputación dañada. No se juega una vida social encarnada en cada interacción.

Eso no significa que la IA no tenga efectos reputacionales asociados a marcas, sistemas o instituciones, los tiene, pero no son equivalentes a la experiencia humana de pertenencia, vulnerabilidad y exposición.

Y esta asimetría importa. En sistemas humanos, quien influye también puede ser influido, quien habla puede quedar marcado por lo que dice, quien manipula puede perder confianza, quien miente puede ser expulsado. El sistema tiene mecanismos imperfectos, pero reales, de reciprocidad y sanción.

La IA, en cambio, puede intervenir en esos circuitos sin estar sometida de forma intrínseca a la misma exposición social. Esa diferencia no la hace malvada, la hace distinta a nivel estructural.

Y en sistemas complejos, introducir agentes estructuralmente distintos cambia el equilibrio.

Conclusiones

El chismorreo no merece una absolución moral. Puede ser cruel, injusto, tribal, destructivo y cobarde. Puede deformar vidas. Puede consolidar prejuicios. Puede convertir una intuición equivocada en condena social. Pero reducirlo a eso sería tan pobre como confundir el fuego con un incendio.

El chismorreo también permite cooperación, aprendizaje indirecto, detección de oportunistas, transmisión de normas, construcción de confianza y adaptación en entornos donde nadie puede observarlo todo. La evidencia sobre reputación, cooperación y comunicación social respalda esa función adaptativa.

El chismorreo no es solo hablar de otros. Es un sistema de interpretación social parcial, sesgado y colectivamente validado, cuyos efectos alcanzan incluso a quienes no conocen la información que circula sobre ellos.

Ese sistema tiene propiedades de complejidad. No se comporta como una máquina lineal. Depende de contexto, memoria, relaciones, confianza, sesgo, repetición, azar y retroalimentación.

Si intentáramos hacer plenamente explícito y optimizado ese sistema, podríamos romper parte de lo que lo hace vivible. Una inteligencia que sospecha de todo no es más libre, es más defensiva. Una sociedad que anticipa cada lectura posible no es más madura, es más vigilada.

La inteligencia artificial puede transformar este ecosistema porque puede escalar narrativas, personalizar mensajes e intervenir en procesos de reputación y convención.

Los estudios recientes sobre persuasión algorítmica y convenciones emergentes en poblaciones de LLM apuntan a que esta cuestión ya no pertenece a la especulación futurista.

Pero la diferencia decisiva sigue ahí. El humano vive dentro del sistema social que lo juzga, mientras que la IA puede operar sobre ese sistema sin padecerlo del mismo modo.

Quizá nuestra ventaja frente a la IA no sea una superioridad intelectual clásica. Quizá no seamos mejores porque calculemos más, recordemos más o razonemos siempre mejor. De hecho, muchas veces no lo hacemos.

Quizá nuestra ventaja, si todavía puede llamarse así, sea otra. Somos criaturas capaces de vivir en sistemas imperfectos sin reducirlos por completo a cálculo. Somos animales de reputación, ambigüedad y pertenencia. Aprendemos con datos incompletos, actuamos sin conocer todas las causas y nos equivocamos, corregimos, sospechamos, confiamos, nos defendemos y volvemos a empezar.

La IA puede ayudarnos a entender ese sistema. También puede degradarlo si lo amplifica sin fricción, lo optimiza sin prudencia o lo convierte en una maquinaria de influencia sin exposición equivalente.

La inteligencia artificial podrá analizar, amplificar y modelar el chismorreo, pero mientras no tenga que vivir bajo sus consecuencias, seguirá estando fuera del sistema que realmente organiza la vida humana.

Porque el problema no es que la inteligencia artificial entienda demasiado poco de nosotros. El problema empieza el día que entienda lo suficiente como para intervenir en aquello que nunca estuvo pensado para ser optimizado. Y entonces quizá descubramos que lo que llamábamos imperfección no era una debilidad del sistema.

Era lo que lo hacía humano.

Referencias

- Aral, S. (2020). *The Hype Machine*. Currency.
- Ashery, A. F., Aiello, L. M., & Baronchelli, A. (2024). *Emergent social conventions and collective bias in large language model populations*
- Aumann, R. J. (1976). Agreeing to disagree. *Annals of Statistics*, 4(6), 1236–1239.
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (1966). *The Social Construction of Reality*. Anchor Books.

- Colado García, S. (2025, 27 de mayo). *La influencia de la tecnología en el desarrollo del pensamiento humano*. Sergio Colado. <https://sergiocolado.com/la-influencia-de-la-tecnologia-en-el-desarrollo-del-pensamiento-humano/>
- Colado García, S. (2021). *Multiversos digitales: La tecnología como palanca evolutiva*. Universo de Letras.
- Colado García, S. (2020). *Influencia de la tecnología en el desarrollo del pensamiento y conducta humana*. Autoedición Amazon.
- Dunbar, R. I. M. (1996). *Grooming, Gossip and the Evolution of Language*. Harvard University Press.
- Dunbar, R. I. M. (2004). Gossip in evolutionary perspective. *Review of General Psychology*.
- Foucault, M. (1975). *Discipline and Punish*. Pantheon Books.
- Friston, K. (2010). The free-energy principle. *Nature Reviews Neuroscience*, 11(2), 127-138.
- Holland, J. H. (1992). Complex adaptive systems. *Daedalus*, 121(1), 17-30.
- Lorenz, E. N. (1963). Deterministic nonperiodic flow. *Journal of the Atmospheric Sciences*, 20(2), 130-141.
- Nowak, M. A., & Sigmund, K. (2005). Evolution of indirect reciprocity. *Nature*, 437, 1291-1298.
- Simon, H. A. (1957). *Models of Man: Social and Rational*. Wiley.
- Sommerfeld, R. D., Krambeck, H.-J., Semmann, D., & Milinski, M. (2007). Gossip as an alternative for direct observation in games of indirect reciprocity. *PNAS*, 104(44), 17435-17440.
- Tversky, A., & Kahneman, D. (1974). Judgment under uncertainty: Heuristics and biases. *Science*, 185(4157), 1124-1131.
- Vosoughi, S., Roy, D., & Aral, S. (2018). The spread of true and false news online. *Science*, 359(6380), 1146-1151.